

Rafael Barrett

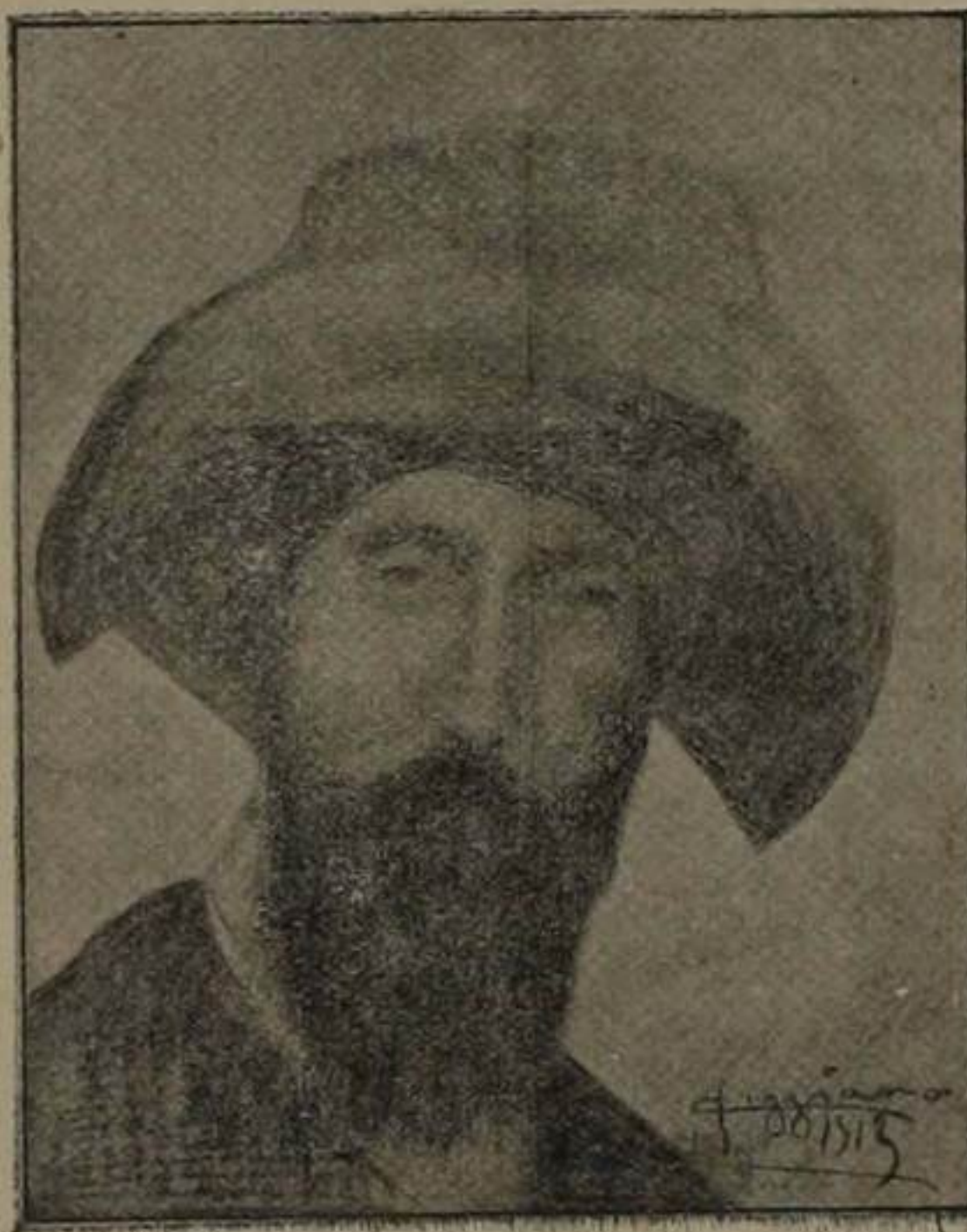
¿POR qué Rafael Barrett es casi un desconocido? Y sin casi, ¿por qué hay una desproporción enorme entre su difusión y su valor? ¿Cómo explicar que un talento como el suyo, que ha encontrado las expresiones más fieles, más estremecidas y recias, un corazón lúcido como el suyo, asomado a todas las angustias del hombre, siempre en vigilia, insomne, un corazón que ha sabido entregarse como ninguno, varonilmente, acabadamente, borbollante de fraternidad, permanezca alejado aún, a más de un decenio de su muerte, de los mismos que lo necesitan y lo esperan, sin saberlo?

Toda su obra ha sido obra de periodista: ¿esa es la razón suficiente? La jerarquía literaria y sus respetuosos tienen esas y otras cosas por el estilo. Pero no es éste el caso, creemos. Algo de eso hay, sí—la obra del periodista, momentánea, actuante como la hora que le da vida, muere y huye con ella, se rompe y dispersa con todos los momentos que la crearon: para perdurar, tiene que resucitar e integrarse nuevamente, robando al tiempo lo que no ha sido de él, sino del hombre—pero tratándose de Barrett nunca sería razón suficiente. La resonancia con que su alma acogió todo dolor y afán, toda tentación del misterio que margina y asedia la vida, rebalsa inconteniblemente el nicho del artículo, y su prosa única—prosa incomparable—breve y firme, realiza renovadamente, en cada línea, el prodigio de perennizarlo.

No, contra Barrett hay algo más. Hay un silencio expreso y miedoso. Nadie lo cita, nadie se atreve a codearse con él, porque sus méritos son esencialmente peligrosos. Todo su talento no le basta para hacerse perdonar. ¿Y qué mayor honra que ésa? Persisten sus enemigos porque persiste él, en sus páginas temiblemente eficaces, henchidas de riesgo y de ideas. Barrett no calló nunca, no escondió, ni escamoteó su gesto nunca, siempre se supo de qué lado estaba, y al revés de Peer Gint, hizo y dijo todo lo que tuvo que hacer y decir siempre. Su prosa sobria y aferrante, desentumece el cerebro, convence e impulsa. Es demasiado certero y militante Barrett, demasiado eficaz, para merecer una gloria apresurada e inofensiva.

¿Necesitamos decir que vivió en la miseria? Escribió en *La Razón* de Montevideo; luego aquí en *El Diario*, después y acosado por sus pulmones enfermos, se fué al Paraguay. Allí

tuvo una compañera y un hijo. Fundó un diario; ganó su pan como agrimensor, como maestro particular, etcétera... A su llegada, los paraguayos estaban «de revolución». Ambos bandos se batían en las calles y nadie se cuidaba de los heridos. Los de la Asistencia Pública habían desaparecido. Barrett consiguió un carruaje y fué de calle en calle ayudando a vivir o a morir a los que lo necesitaban. El gobierno de Jara le envió una nota de agradecimiento, donde se ponderaba su arrojo y abnegación. Tres meses



RAFAEL BARRETT

después era expulsado por ese mismo gobierno. No le hizo falta más tiempo a Barrett para darse a conocer.

Digamos ahora el nombre de los seis volúmenes en los que se ha juntado su obra: *Moralidades actuales*—*Lo que son los verbales* y *El Dolor Paraguayo*—*Mirando vivir*—*Cuentos breves*—*Al margen*—*Ideas y críticas*.

Sus *Moralidades actuales* y *Mirando vivir*, contienen sin duda sus mejores escritos. En ellos la vida irrumpe tumultuosamente y halla en Barrett, a lo largo de los días, la exasperación, la serenidad, la ironía y aún el sarcasmo necesarios. La agudeza de su talento alerta es prodigiosa. Aun las tres líneas secas de un telegrama se desdoblán entre sus manos y sueltan toda la truhanería, la miseria o el milagro de bondad y cordura que encerraban imprevisiblemente. Todo grito, todo fracaso y todo triunfo lo alcan-

zan a través de la tierra. No sabe lo que es la indiferencia.

Y su sensibilidad magnífica es terca; vence al hábito gastador y embotante; así, su emoción es siempre nueva, nace cada día. Una injusticia ocurrida en el fondo de la China, repercute en él, sin amortiguarse, sin dejar de ser lo que es: algo intolerable, algo monstruoso, incallable.

Hermosa conciencia de hombre, la de Barrett, incondicionalmente generosa. Sus nervios—como él lo dice—se prolongan por el telégrafo.

Digamos dos cosas más: Las conferencias de *Lo que son los verbales*, vino a darlas Barrett en el Teatro Nacional de aquí. Los grandes yerberos intervinieron, y le fueron negados ése y todos los teatros. Barrett tomó un tarro de embudo y pegó sus carteles. La policía intervino. Barrett dió por fin su conferencia en un baldío. La dió, levantándose de la cama, con fiebre alta.

Un día, en el Paraguay, su esperanza y su anhelo de vivir fueron más asediados, entonces se largó a Montevideo, dejó sus manuscritos en manos de Rodó y partió para Europa. En París, le dijeron que no tenía cura. Se fué con ese mazazo al golfo Cantábrico, alquiló una pieza en un hotel, y, solo, apuró sus últimos días. Era en diciembre de 1911.

H. ETCHEBEHERE.

Buenos Aires, febrero de 1924.

(Noticias Literarias,
Buenos Aires).

Italia, en su *Risorgimento*, y Japón, al crear en 1871 el ministerio de Instrucción pública, y, sobre todo, desde comienzos de siglo, cuando entra en la corriente de la política internacional, dieron la pauta que más tarde han seguido las naciones ávidas de porvenir; la siguió Rumania al nacer como pueblo independiente y realizar un esfuerzo que puso a sus maestros en un plano superior al de Francia; la ha seguido ahora, no ya Tchecoeslovaquia, pueblo mentor de la Europa oriental, de quien podía esperarse lo mucho que hace, sino la pobre Irlanda, que dota a sus maestros como no lo hace la rica Inglaterra. Todos los países, pues, diríase que se esfuerzan por erigir la actividad cultural en centro y eje de la vida del Estado.

FERNANDO DE LOS RÍOS.

(El Sol, Madrid).